

Presentación a la edición especial *Mis favoritos* de doce cuentos de la colección

Cuentos de la Media Lunita.

Con este motivo, editorial Algaida ha lanzado una edición especial de doce cuentos, en tres álbumes, seleccionados por el autor de entre los 60 que componen la colección. Cada álbum contiene cuatro cuentos y se clasifican en

Maravillosos

De costumbres

De animales.

Los precede el siguiente texto:

¿QUE VEINTE AÑOS NO ES NADA?

Que se lo digan a los jóvenes de hoy que aprendieron a leer con los *Cuentos de la Media Lunita*. Seguro que para ellos, bailen el tango o no lo bailen, es mucho tiempo. Y no cualquiera, sino el más importante de sus vidas, pues va desde que se iniciaron en el mundo, hasta que el mundo los dio por iniciados.

De todas las experiencias que he tenido con esta colección, esa es sin duda la más reconfortante; la de cuando alguien que me dice: ¡Anda, pero sí yo aprendí a leer con estos cuentos! En mi particular escala de valores, la tengo a pelear con otra, la de aquellos que me confiesan, notándoseles un íntimo temblor de la memoria: “Mi madre me leía estos cuentos todas las noches, antes de dormirme” ...

Si digo estas cosas sin ningún pudor es porque, en realidad, bien poco es lo que yo puse en el invento. Rastrear aquí y allá, irme con mi grabadora a los lugares más insospechados, como quien se echa al monte a buscar setas, investigar otro tanto en los porqué de estos antiquísimos, y a menudo extrañísimos, cuentos. Y luego darles forma para la lectura y también para memorizarlos y repetirlos en voz alta, que es lo suyo. De ahí que me haya animado, en el colmo de mis atrevimientos, a grabarlos con mi propia voz para esta edición un poco especial.

Rindo con ello mi modesto homenaje a los miles de abuelos y abuelas, madres y padres, maestras y maestros, que me precedieron en este delicado menester: el de enredar las historias más antiguas con el afecto de quien las repite y crea así en el oyente primerizo un vínculo indestructible con la más intensa y extensa de todas las culturas: la cultura popular.

El problema ha sido cómo señalar *Mis favoritos*. Ahí sí que lo he pasado mal. Pues gustarme, me gustan todos. No sé cuántas vueltas y revueltas le he dado a la constitución de este repertorio, a esta docena, de entre sesenta cuentos como ya forman la colección. (Y los que esperan en cola). Cada vez que tenía que dejar fuera alguno, un sufrimiento. Hasta que me dije: ¡Pero quién soy yo para decidir tal cosa! Así que empecé a preguntar, en la familia, entre los amigos, los profesores, los padres, los hijos y los nietos que yo sabía eran o habían sido asiduos de estos relatos. Ingenuo de mí. Aquello complicó el asunto hasta lo indecible. A este le parecía que tal y cual, al otro que aquel y el de más allá... Pronto me di cuenta de que cada cual ligaba su predilección a alguna circunstancia personal, eso mismo que hace que uno crea que el mejor cuento del mundo es aquel que le contaba su abuela, y que anda medio perdido en las brumas de antaño. O sea, lo inefable. ¿Y cómo trabajar con eso? De todos modos, puse sobre mi mesa el resultado de la *investigación*, y algunas cosas sí que destacaban.

Por ejemplo, entre los de animales, la práctica unanimidad en torno a *El gallo Kirico*, que por algo es también el cuento más editado de la colección. El contraste con *El medio pollito*, con el que forma pareja conceptual y pedagógica (el gallo presumido frente al gallo humilde), hizo a este último imprescindible también. La verdadera historia de *El ratoncito Pérez* caía por su peso, y no esa otra cursilada que anda por ahí. Por último, en este apartado, *El perro y las liebres* se impuso por su rareza (es uno de los cuentos que más aprecio, porque más me costó dar con él), y por lo mucho que enseña acerca de los verdaderos peligros de este bosque, me refiero al de los humanos, inútilmente disfrazados de animales.

El segundo bloque, el de los cuentos maravillosos, se inicia con *Blancaflor*, que para mí es el astro principal de esta clase de historias, desde luego las más antiguas de la humanidad. (De ella me he ocupado en estudios y también en la forma literaria del quinto capítulo de *El bosque de los sueños*). Le sigue, por derecho propio, *Mariquilla ríe perlas*, título que puse a una de las cien más genuinas e inquietantes de nuestra tradición oral, y que han hecho fortuna casi como un dicho. También triunfó en la televisión allá por los mediados noventa. Le sigue *Periquín y la bruja Curuja*, otro predilecto de los lectores, acaso porque ejemplifica el miedo superable, esa materia oscura con la que muchos padres y educadores no saben qué hacer; aparte de que se trata de la versión hispánica más elocuente de los relatos centroeuropeos de la bruja del bosque, la Baba Yaga. Y, para cerrar este álbum, otro de los cuentos que más estimo, *Un pobre rey*, por lo mucho que me hizo perseguirlo también, hasta dar con el que es una muestra extraordinaria de “contracuento”, o cuento contrario, que vino en ayuda de mi teoría sobre la condición dual y dialéctica de muchos relatos populares; formadores, precisamente por eso, de las entendederas del niño, o sea, del andamiaje de la inteligencia.

Entre los cuentos de costumbres, primero de todos es sin duda *La niña del zurrón* (*El hombre del saco* en Hispanoamérica), probablemente el relato oral más extendido en las tertulias hogareñas de todas las culturas hispánicas. De *Las tres preguntas del rey*, otro cuento prácticamente universal, me encanta lo ingenioso del pícaro soldado, vivo ejemplo de la superioridad del talento popular sobre el saber erudito. *Tres cositas de nada* es otro caso de historia tercamente buscada, a partir de vagas noticias. Y para terminar este tercer álbum, *El mono caprichoso*, justo el primer cuento de la colección, que hace las delicias de los niños con sus extravagancias encadenadas y que, junto a otros cuentos de la misma arquitectura, constituye prueba irrefutable de que el surrealismo no lo inventaron los poetas más o menos traviesos de una época, sino los coros de niñas en los atardeceres de aldea de todo tiempo y lugar.

Y termino haciendo pública confesión de gratitudes. A Francisco Prior, en primer lugar, por lo mucho que arriesgó en su día al darle forma e impulso editor a la colección. Y a todos aquellos, ilustradores, librerías, bibliotecarios, padres, maestros..., que me han acompañado en la aventura de reavivar estas historias, no siempre políticamente correctas, ni nunca corregidas por mí, según quisiera esa nueva tiranía de la culturilla global. Estos cuentos eran –son– así, y si han resistido el paso de los siglos, por algo será.

Antonio Rodríguez Almodóvar